



La Comunión y La Misa

La campaña en contra del coronavirus le ha costado mucho a los Católicos, más notablemente en tener que “ayunar” de la Misa y la Sagrada Comunión durante casi dos meses ya. La dispensa de la obligación del Domingo puede (y debe) tranquilizar la conciencia, pero no disminuye el anhelo de sentarse en la banca para las Lecturas, ponerse de pie para el Evangelio, arrodillarse para la Consagración, y saborear el sabor del Pan de Vida. Sí, estas semanas han exigido un precio extremadamente alto: la presencia invisible del coronavirus ha significado la ausencia muy visible de la Misa pública.

Pero, esa privación también podría ser una invitación a apreciar de nuevo el por qué la Iglesia le da tanta importancia al Día del Señor. Lo que llegamos a entender más completamente, podemos aprender a honrar más conscientemente cuando regrese a lo “normal”. El Catecismo de la Iglesia Católica (CIC) puede ayudarnos a encontrar nuestro camino.

El Dios de Israel puso en orden el ritmo del tiempo para Su Pueblo Elegido: “Guardarás el día del Sábado para santificarlo”, dice el Tercer Mandamiento. En imitación de su Creador, los Judíos debían descansar del trabajo el octavo día porque “representaba la coronación de la primera creación”. Los Cristianos, por el contrario, veneran el primer día, Domingo, porque “recuerda la nueva creación, inaugurada por la resurrección de Cristo.” (CIC 2190).

Para resaltar el significado superior del Día del Señor, la ley litúrgica, establece un precepto simple que da forma al carácter: “El Domingo los fieles tienen obligación de participar en la Misa” (2180). Esta expectativa de adoración Dominical cada semana se combina con otra obligación que se debe cumplir cada año: “La Iglesia recomienda vivamente a los fieles que reciban la Sagrada Comunión cuando participan en la celebración de la Eucaristía; y les impone la obligación de hacerlo al menos una vez al año. (CCC 1417). Los Católicos deben ir a Misa todos los Domingos, pero tenemos la obligación de recibir la Comunión solo una vez al año, no una vez a la semana.

Esta distinción habría sido familiar para mis cuatro abuelos que crecieron en la década de 1880. Como la gran mayoría de los Católicos de entonces y por siglos antes que ellos, iban a recibir la Comunión cada año para cumplir con su “deber de Pascua”. Pero estaban en Misa cada otro Domingo y sin recibir la Comunión.

Hace poco más de cien años, San Pío X (1903-1914) revirtió esta antigua práctica cuando redujo la edad para la Primera Comunión a lo que tenemos hoy y promovió fuertemente la recepción del Sacramento semanalmente, incluso diario. ¿Cuántas veces más hemos ido ustedes y yo a Comunión en nuestra vida que nuestros abuelos o bisabuelos en la suya? La respuesta a esta pregunta es una medida de nuestro endeudamiento espiritual con el corazón pastoral de San Pío X.

Las obligaciones Eucarísticas de la Misa del Domingo y Comunión anual provienen de nuestra vocación bautismal de convertirnos en hijos de Dios, hijos que necesitan aprender a ser agradecidos. Toda nuestra vida, la “escuela” de Liturgia semanal nos enseña que le debemos

adoración a nuestro Dios más allá de todo lo dicho—yo por mi vida, ustedes por su vida, y todos nosotros juntos por nuestra vida comun que mantiene la continuación de la raza humana en esta Tierra.

El día de nuestra adopción en el Bautismo, cada uno de nosotros heredó un lugar reservado por nombre en la mesa Eucarística. No comemos allí solos. Partimos el pan y bebemos de la copa con aquellos a quienes Jesús llama “amigos”. Y nuestra reserva viene con una instrucción muy específica: “Hacer esto en memoria Mía”.

“La participación en la celebración común de la Eucaristía Dominical es un testimonio de pertenencia . . . a Cristo y a su Iglesia,” enseña El Catecismo (2182). Tan importante es este testimonio de nuestra presencia para el crecimiento de la Iglesia que no es opcional. Los creyentes “que deliberadamente faltan a esta obligación cometen un pecado grave” por su negativa a tomar el lugar de alabanza que se les asignó en el Bautismo (2181). Su ausencia hace eco de las palabras de Pedro en el patio del Jefe de los Sacerdotes a solo horas después de la primera Misa: “Yo no conozco a ese hombre”.

Durante la pandemia del coronavirus, ha sido mi preocupación primordial como obispo de reanudar tan pronto como sea posible la celebración de las Misas públicas, porque solo allí recibimos la Sagrada Comunión en el entorno que nuestro Señor diseñó de manera tan ingeniosa para nosotros. “Hacer esto en memoria Mía”, dijo: no separen el Sacramento del Sacrificio. El Sacramento se hace presente porque el Sacrificio “sucede” ante nuestros ojos. De ninguna otra fuente viene la Comunión con el Cristo Resucitado. Al menos que estemos enfermos o confinados en nuestro hogar, por lo tanto, “tomamos” la Comunión de donde nos la

da el sacerdote—en la Misa. Será un gran día para todos nosotros cuando nos reunamos nuevamente en el Altar para renovar nuestro trabajo de conmemoración.